

**Martin Heidegger. *Cuadernos negros. 1931-1938*. Ed. Trotta. Madrid, 2015, 420 pp.**

---

Felipe Fuentealba Rivas\*

La edición en Alemania, a comienzos del 2014, de los *Cuadernos negros* de Martin Heidegger, suscitó numerosas reacciones, algunas de ellas bastante airadas, no tanto por su contenido filosófico, sino, más bien, porque en ellos, aparentemente, junto con constatarse la, a estas alturas innegable, simpatía de Heidegger hacia el régimen nacional-socialista (al menos hacia ciertos aspectos de éste), se revelaría que no pocos ámbitos de su pensamiento se encuentran “teñidos” de ideología nacionalsocialista, en particular, de un vulgar antisemitismo<sup>1</sup>. Esto, de ser cierto, obligaría a una revisión de gran parte de la filosofía que va desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, y que se ha construido a partir de algunas de las densas ramas del pensamiento de Heidegger.

En estricto rigor, los *Cuadernos negros* corresponden a las treinta y cuatro libretas de apuntes que Heidegger llevó desde 1931 hasta la década de 1970 y que —por petición expresa suya—, debían cerrar la edición de sus *Obras Completas*. El 2015 la editorial española Trotta dio al público la versión en español de las primeras cinco libretas, bajo el título *Cuadernos negros. 1931-1938*, y cuyo contenido —vale la pena mencionar—, conforma el tomo 94 de las obras completas del filósofo.

Lo primero que llama la atención es el peculiar estilo de escritura. Se trata de pequeños párrafos, algunos de apenas dos líneas, que más que ideas expresan retazos o imágenes de pensamientos en forma aforística. El propio Heidegger aclara que se trata no de un sistema

\* Departamento de Filosofía, Universidad de Concepción. E-mail: fefuentealba@udec.cl.

<sup>1</sup> El principal defensor de la tesis de que varios aspectos de la filosofía de Heidegger se encuentran guiados por el antisemitismo es el propio editor de los *Cuadernos Negros*, Peter Trawny, director del Instituto Martin Heidegger de Alemania, y quien ha tenido acceso a los apuntes que aún faltan por publicar. Su tesis está expuesta en su libro *Heidegger y el mito de la conspiración mundial de los judíos*, Herder: Barcelona 2015.

ordenado de ideas, sino de “intentos de un sencillo nombrar” (p. 9). Esto no debe hacernos creer que estamos frente a un “borrador” con vistas a un escrito más trabajado. Peter Trawny, el editor, ha hecho notar que los manuscritos de los *Cuadernos* fueron “elaborados del todo” (p. 418), pues carecen de los errores y defectos propios de cualquier “apunte” de notas. Esto probaría que Heidegger corrigió y meditó cada palabra puesta en ellos, lo que se condice con su decisión de publicarlos junto al resto de su obra. El estilo de los *Cuadernos negros* debe entenderse, entonces, como la expresión de una nueva forma del pensar heideggeriano, aspecto no menor si se recuerda que para él el modo como se formula una pregunta es casi tan importante como la respuesta misma. No obstante, esta misma estructura, que puede ser de gran interés para los especialistas, oscurece aún más el ya de por sí árido lenguaje del filósofo, expulsando casi de entrada a un lector casual, no digamos de filosofía, sino a un lector casual del propio Heidegger.

En cambio, los ya familiarizados con su filosofía, especialmente con aquella que comienza a bosquejarse posteriormente a *Ser y tiempo*, no tardarán en encontrar elementos ya conocidos. En términos estrictamente filosóficos, los *Cuadernos negros* no aportan casi ninguna idea que no esté ya contenida en alguno de sus textos más famosos acerca del nihilismo o de la técnica. Como en ellos, Heidegger repite hasta el cansancio su condena a la filosofía tradicional por no haber planteado la pregunta por el ser, y se ensaña contra la ciencia, expresada en la técnica moderna, acusándola de haber propiciado una destrucción de la tierra (p. 265), y de ser incapaz de reflexionar sobre sus propios fundamentos (p. 284). Eso sólo puede remediarse, a su juicio, con el advenimiento del “otro comienzo” (p. 364), o “segundo comienzo” (p. 193), que retome, corrigiéndolo, el pensar inaugurado por los griegos (“primer comienzo”) y conduzca, finalmente, a una época en la que el ser sea efectivamente pensado y la ciencia alcance, de ese modo, su fundamento. La novedad de los *Cuadernos* radica en la vía que Heidegger propone —e intenta—, para propiciar ese “segundo comienzo”. Se comprueba que, al menos hasta 1934, él estaba del todo convencido de que la solución a los problemas filosóficos que lo agobiaban estaba en el nacionalsocialismo, y que la realización del “segundo comienzo” era nada menos que la “secretísima misión del pueblo de los alemanes” (p. 93). Intentar solucionar problemas filosóficos en la praxis, es ya cuestionable. Que, además, ese afán se traduzca en el apoyo a una causa política deplorable, vulgar, y carente de cualquier fundamento racional, es grave. Pero no caben dudas de que esa fue la opción de Heidegger. Veremos cómo en

su momento de mayor adhesión al nacionalsocialismo, llegó incluso a opinar que la metafísica debía convertirse en “metapolítica” (p. 104).

Los *Cuadernos negros* se inician en 1931, con un Heidegger decepcionado de los logros de *Ser y tiempo*, al que juzga un “intento bastante torpe” (p. 16) por volver a formular la pregunta por el ser. Comienza a darse cuenta de que tal tarea, de ser posible, sólo lo será a través de un modo de pensar absolutamente nuevo que no recaiga en los conceptos filosóficos tradicionales. Es fama de que, a su juicio, lo que ha caracterizado a la filosofía es que, desde Platón, la pregunta por el ser no ha sido formulada, más aún, ni siquiera se la ha conocido como pregunta (p. 79). Esta es una acusación seria si se entiende, como lo hace Heidegger, que la filosofía, precisamente, tiene como único tema de reflexión el ser. Lo que correspondería a continuación, naturalmente, es admitir el fracaso de la filosofía y pugnar por un tipo de pensamiento que la supere retomando la pregunta que aquella olvidó ya desde sus inicios (el “primer comienzo”). Sólo entonces la filosofía será realmente tal: una reflexión sobre el ser. Y eso propiciará “el segundo comienzo”.

Heidegger, es evidente, se propone una tarea radical: reencauzar la filosofía superándola. ¿Cómo es posible eso? Para empezar, es preciso abandonar el concepto moderno de ser humano (p. 378), de tal modo que éste pueda por fin llegar a ser “el fundamento de la verdad de la diferencia de ser” (p. 228), lo cual pasa por concebirlo como *ser-ahí* (*Dasein*)<sup>2</sup>. ¿Qué implica esto? Que se revierta la tendencia natural del ser humano de perderse en lo ente en desmedro del ser. De hecho, ese fue el error de la filosofía. Por abocarse a la dilucidación del ente, olvidó el ser. La urgencia de esta tarea se hace aún más ineludible, para Heidegger, si se tiene en cuenta que el mundo se encuentra bajo del dominio de una disciplina cuyo objetivo explícito es el ente y sólo el ente: las ciencias. Heidegger no se guarda ningún ataque contra ella. Cree que el progreso científico acarrea una explotación de la naturaleza que acentúa el olvido del ser (p. 304), que la ciencia implica una particular actitud hacia lo ente que lo rebaja a objeto (p. 333), y que, más aún, se trata sólo de una “forma derivada de saber” (p. 361) caracterizada por una “esencial inesencialidad” (p. 360), que ni siquiera es lo suficientemente teórica (p. 148) como para reflexionar sobre ella misma. Su única salida estriba en volver a empezar desde “un arranque original” (p. 22), lo que se vería

<sup>2</sup> Cabe destacar que Heidegger, en los *Cuadernos negros*, a pesar de sus reiteradas críticas a *Ser y tiempo*, sigue fiel a una de las ideas más importantes de esta obra: que el ser humano debe ser entendido como *Dasein*.

propiciado por el hecho de que las ciencias mismas estarían ya en “las últimas” (p. 22). Como era esperable, la renovación de las ciencias deberá provenir desde la filosofía. Para Heidegger, la verdadera fundamentación de las ciencias no será posible si antes no se ha pensado la verdad del ser (p. 361). Se ve entonces que el “segundo comienzo”, puesto que de eso se trata, tiene, por lo menos, tres facetas. 1) La corrección y superación de la filosofía tradicional para que pueda, por fin, formular la pregunta por el ser. 2) La superación del concepto tradicional de ser humano, y 3) La fundamentación de las ciencias.

No se yerra al afirmar que el “segundo comienzo” es el tema central de los *Cuadernos negros*. Heidegger vuelve sobre él constantemente lo que, en no pocas ocasiones, juega con la paciencia de lector. No quedan dudas de que creía que el “segundo comienzo” era la gran tarea que debía acometer la filosofía. Esta opinión se ve acentuada por su convicción de que la historia de occidente está llegando a su fin (p. 252), postura que para la época y lugar (la Alemania de entreguerras), estaba lejos de ser novedosa. Lo que el “segundo comienzo” lograría es reiterar la pregunta por el ser que el “primer comienzo” (los griegos), olvidó a poco andar. No se trata, desde luego, de un mero retorno al pasado, sino de un despertar la pregunta (p. 247). La tarea es ardua, quizás más ardua que la del propio “primer comienzo” (p. 193), puesto que implica revocar más de dos milenios de tradición. Ahora bien, ¿qué pasos hay que dar para concretar el “segundo comienzo”? Aparte de su insistencia en que de lo que se trata es de pensar el ser y no el ente, Heidegger es poco claro al respecto. A veces uno tiene la impresión de que ni siquiera él sabe qué dirección tomar, sobre todo cuando se pregunta si el querer pensar la verdad de la “diferencia de ser” no será querer lo imposible (p. 254). En otro momento pareciera resignarse a que su labor consistirá únicamente en ser un “puente” entre la filosofía que se acaba y la auténtica filosofía venidera. Afirma estar realizando un “trabajo transicional” (p. 303), y habla de “nosotros los transicionales” (p. 310), en una clara alusión a Nietzsche, a quien, por lo demás, atribuye el mérito de haber puesto en marcha la primera fase del final de la filosofía occidental (p. 292).

Una de las respuestas la encuentra en la poesía, en un gesto que es típico de su pensar a partir de la década de 1930. Impotente ante la imposibilidad de pensar el ser a partir de los métodos tradicionales, se vuelca a una disciplina que parece situarse en las antípodas del pensamiento filosófico. Por supuesto este gesto no es casual. Al reivindicar la poesía se enfrenta a la tradición que, desde Platón, le ha negado a la poesía todo valor epistemológico. Heidegger quiere revocar

el olvido del ser, uno de cuyos culpables más importantes sería el propio Platón, precisamente mediante las herramientas que aquél desechó por inservibles. De allí que afirme, por ejemplo, que el poetizar pensativo es el auténtico preguntar (p. 191), que la filosofía no es más que una resonancia de la gran poesía (p. 26), y que todo pensador no hace más que reflexionar posteriormente sobre aquello que el poeta ha anticipado (p. 234). El problema, como se hace ver en seguida, es que con el recurso a la poesía se elimina cualquier posibilidad de discusión racional. ¿Cómo contra-argumentar contra alguien (el poeta), que, de plano, y dado que no es su tarea, no ofrece argumentos que puedan ser discutidos? O peor aún ¿de acuerdo a qué criterios podremos reconocer que, recurriendo la poesía, hemos entrado en el “segundo comienzo”?

De todos modos, el recurso de Heidegger a la poesía es menos problemático que su adhesión política y filosófica al nacionalsocialismo. Este asunto se encuentra desarrollado, mayormente, en la segunda sección del libro, llamada “Reflexiones y señas III” (p. 91), que comienza en el otoño de 1932 y abarca el breve periodo en que Heidegger se desempeñó como rector de la Universidad de Friburgo. A mi juicio, y tras la lectura de los *Cuadernos negros*, acerca de la relación del filósofo con el nacionalsocialismo se pueden formular dos juicios críticos y extraer una conclusión bastante grave. En primer lugar, Heidegger compartió y apoyó la vulgar doctrina liderada por Hitler (al menos hasta 1934), lo que constituye un error político de proporciones mayores. En segundo lugar, asimiló su filosofía al programa “revolucionario” de Hitler, e intentó proporcionarle un soporte teórico con la creencia de que así se estaba realizando, o al menos dando los primeros pasos, para la venida del “segundo comienzo”, todo lo cual, como se verá más adelante, no sólo es filosóficamente problemático y discutible, sino que además entra en contradicción con otros elementos de su propio pensamiento. Por último, y a modo de corolario, Heidegger, guiado por su convicción de lo imperioso que era el dejar atrás la filosofía de la tradición, parece renunciar a cualquier idea racionalmente argumentable, —y por ello mismo, racionalmente refutable (p. 189)—, en favor de un pensamiento que parece apelar más bien a intuiciones que a argumentos (aquí va incluido el recurso a la poesía), y que por ello puede ser tildado de “mesianismo” o, a lo menos, de adolecer de arbitrariedad.

Los *Cuadernos negros* evidencian que Heidegger adhirió al nacionalsocialismo con particular entusiasmo. Escribe, por ejemplo, que “La gran experiencia y el gran motivo de dicha es que el *Führer* ha despertado una nueva realidad” (p. 94), y está convencido de que con la

nueva situación política Alemania se está levantando hacia su grandeza (p. 93), añadiendo —poco felizmente—, que alrededor de esa grandeza se desencadenará la más “terrible tormenta” (p. 93). Una vez asumido el rectorado, en 1933, su entusiasmo no decae, sólo que pasa a enfocarse en el papel que han de jugar las universidades en el nuevo régimen. Opina que la misión a realizar es la educación de una “nueva stirpe” (p. 98), que se lleve a cabo en un tipo de instituciones capaces de entregar un “nuevo saber” (p. 107), que en sí mismo implique el fin de la universidad tradicional: “La universidad está muerta ¡Viva la futura escuela superior de la educación de los alemanes para el saber!” (p. 105), exclama.

Si esto es lamentable, lo que viene es desazonador. Heidegger no se limitó a apoyar al nacionalsocialismo. Intentó que su propia filosofía le otorgara un fundamento filosófico de tal modo que de la conjunción de ambos elementos (política y filosofía), se lograra el advenimiento del “segundo comienzo”. Admite que quiere poner los “cimientos teóricos” del nacionalsocialismo (p. 112), no sólo para hacerlo sólido y consistente, sino para construirle por anticipado las posibilidades de configurar un mundo y desplegarse (p. 113). Contra quienes argumentan que, por su propia constitución, la doctrina de Hitler es más una fuerza que un sistema de pensamiento, Heidegger replica preguntando si acaso de eso se sigue necesariamente que toda teoría es superflua (p. 112) y, más adelante, rechaza las opiniones que afirman que su polémico “Discurso del rectorado” no encaja con su filosofía, aduciendo que en él ha dicho algunas cosas sumamente esenciales (p. 224). No caben dudas de que se siente parte de un movimiento revolucionario que busca dar una forma absolutamente novedosa a la cultura occidental, y que —en lo que al él le compete—, pretende abandonar el tipo de pensamiento que por más de dos milenios fue incapaz de pensar el ser. De allí que opine que la grandeza del nacionalsocialismo radica en que se trata de un “principio bárbarico” (p. 158) (se entiende que “bárbarico” en tanto lo opuesto a lo civilizado, a la razón), y que el idioma alemán es el único capaz de “poetizar y decir el ser de forma originalmente nueva” (p. 30). Llegados a este punto no sorprende su conclusión de que la “metafísica de la existencia” (*su metafísica de la existencia, aquella que es desarrollada de modo magistral en *Ser y tiempo* y que le otorgó el reconocimiento mundial*) debe “ahondarse y ampliarse en una *metapolítica «del» pueblo histórico*” (p. 104). “*Metafísica como metapolítica*” (p. 98), sentencia un par de páginas atrás.

Antes de enjuiciar este “embrollo” filosófico, quisiera llamar la atención, sobre cómo este gesto heideggeriano contradice su extendida

opinión —que en los *Cuadernos negros* es reiterada en numerosas ocasiones— de que la filosofía no debe, por ningún motivo, presentarse como “filosofía práctica”, es decir, no debe dejarse llevar por la tentación de influir en los acontecimientos de su época. Para él, en sí misma la filosofía es algo “inútil” (p. 222), limitada a sólo unos pocos (p. 78), y que, en ningún caso, está al servicio del pueblo (p. 193). ¿Por qué entonces ofrecer su pensamiento a un movimiento esencialmente político y revolucionario? ¿Acaso la búsqueda del “segundo comienzo” era tan importante que le pareció excusable el pasar por alto premisas básicas de su pensamiento? Probablemente. Lo que sí queda claro es que la intención final de Heidegger no era sólo que su filosofía se pusiera al servicio del nacionalsocialismo dotándolo de espesor teórico, sino que éste acabara siendo guiado por ella. Opina que la tarea del pensar es lograr que la praxis se haga filosófica (p. 252), y que el pueblo se deje guiar por ésta (p. 193). Su posterior desencanto con el nacionalsocialismo radica, en parte importante, en el fracaso de tal afán. A eso se refiere cuando, tras casi un año en el rectorado, anota que ya sólo se puede hablar de un “nacionalsocialismo vulgar” (p. 119), opuesto a un nacionalsocialismo espiritual que, como bien hace notar Trawny en el epílogo, sólo puede referirse a un nacionalsocialismo puesto al servicio de su filosofía (p. 416). Insiste en esa idea tras su dimisión como rector, cuando, además de admitir con amargura que su periodo fue “un año de fracaso” (p. 113), reitera que el nacionalsocialismo nunca puede dar origen a una filosofía, sino que tiene que dejarse construir por esta (p. 155), y finaliza, con triste ironía: “¡Viva la mediocridad y el ruido!” (p. 134).

Es justo advertir, eso sí, que a partir de lo referido no se puede inferir, aún, que la filosofía de Heidegger sea en sí nacionalsocialista. Los *Cuadernos negros* que van de 1931 a 1938, únicamente prueban que vio en la política de Hitler una posibilidad de concreción de la respuesta a las ideas que lo agobiaban<sup>3</sup>. En ese afán intentó poner su filosofía al servicio de la política, sin embargo, tras un breve periodo de tiempo, se aparta desilusionado. La tarea que viene ahora es la de indagar qué aspectos específicos vio él en el nacionalsocialismo que le parecieron afines a su filosofía, y si en algún momento llegó a modificar su pensamiento con la intención de hacerlo encajar con sus intereses políticos.

3 No hay en el texto una sola expresión de Heidegger que pueda considerarse antisemita, algo que sí ocurriría en los *Cuadernos negros* que recogen sus libretas de apuntes de los años siguientes, especialmente los que coinciden con los años de la Segunda Guerra Mundial (1938-1945), tal como lo afirma Peter Trawny en su libro mencionado más arriba.

A mi parecer, una respuesta posible puede hallarse en su insistente crítica a la filosofía por su incapacidad de pensar el ser, y sus consiguientes esfuerzos por superarla mediante herramientas radicalmente nuevas. En la ejecución de ese movimiento da la impresión de que Heidegger llega a identificar todo pensar racional con la filosofía de la tradición. Debido a eso se ve obligado a renunciar a la razón y, con ello, a negar cualquier posibilidad de probar o refutar racionalmente sus afirmaciones. Al respecto, hay frases explícitas: "...una filosofía jamás se puede refutar" (p. 189); "El decir pensativo nunca conduce a lo comprensible ni puede probarse ni acreditarse a partir de lo comprensible" (p. 199) y: "¿Algún pensador ha refutado jamás a otro pensador?" (p. 203). Si mi tesis es cierta, su recurso a la poesía no es más que una consecuencia natural. Y lo mismo puede decirse de su posición política. La pregunta acerca de cómo pudo uno de los filósofos más importantes de los últimos siglos adherir e intentar fundamentar un movimiento político que desde sus comienzos defendió, sin disimulos, la violencia y el antisemitismo, que se asentó en la divulgación de fábulas, prejuicios y argumentos sin base racional alguna, y que desembocó en el genocidio más terrible del siglo XX, puede responderse aduciendo que Heidegger, en medio de una realidad que juzgaba decadente y dominada por la técnica, vio en el nacionalsocialismo la alternativa más alejada de la tradición occidental racional, es decir, la opción más "irracional" posible. Lo cual, desde luego, y de ser cierto, no deja de ser repudiable.